

Libro electrónico

Nuevos horizontes económicos

Propuestas para México

TOMO
I



Armando Sánchez Vargas
Berenice P. Ramírez López
Isalia Nava Bolaños
(Coordinadores)



NUEVOS HORIZONTES ECONÓMICOS: PROPUESTAS PARA MÉXICO

TOMO I

Armando Sánchez Vargas
Berenice P. Ramírez López
Isalia Nava Bolaños
coordinadores



Primera edición digital en pdf, junio 2023
D. R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Coyoacán,
04510, Ciudad de México.
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
Circuito Mario de la Cueva s/n,
Ciudad de la Investigación en Humanidades,
04510, Ciudad de México.

ISBN volumen (tomo I): 978-607-30-7656-2
ISBN obra completa: 978-607-30-7655-5

Corrección y diseño de interiores: Marisol Simón.
Cuidado de la edición: Marisol Simón y Héliida De Sales Y.
Diseño de portada: Victoria Jiménez.

Esta obra fue arbitrada por pares académicos en un proceso doble ciego, a cargo del Comité Editorial de Publicaciones No Periódicas del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

Las opiniones expresadas en esta obra son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la posición oficial del IIEc.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México.

Índice

Presentación • 9

Introducción • 11

Tomo I

¿Hacia dónde vamos?

1. Capitalismo y bienestar social: ¿horizonte posible?

Berenice P. Ramírez López • 21

2. Neoliberalismo económico en el gobierno de AMLO y escenarios económicos de futuro

José Luis Calva • 45

3. Horizontes de corto plazo de la economía mexicana, 2019-2022

Arturo Ortiz Wadgymar y Gerardo Minto Rivera • 71

4. ¿Nueva política fiscal vs. desigualdad?

María Irma Manrique • 93

5. Programas sociales en México, 2018-2021. Desafíos actuales en la lucha contra la pobreza

Eufemia Basilio Morales, José Nabor Cruz Marcelo, Alberto Castro Jaimes, Verónica Villarespe Reyes y Bernardo Ramírez Pablo • 109

6. La crisis actual y las perspectivas de la educación superior en México

Iris Guevara González • 135

7. Del virus a la virtualidad y perspectivas de México

Sergio Ordóñez • 155

8. Bienestar subjetivo y reducción de riesgos de desastre durante la pandemia de covid-19 en México

Heriberta Castaños y Eduardo Muñiz • 181

9. ¿Podemos no hablar de desarrollo?

Daniel Inclán y Raúl Ornelas • 209

Conclusiones generales

*Armando Sánchez Vargas, Berenice P. Ramírez López
e Isalia Nava Bolaños* • 233

Semblanzas • 237

¿Podemos no hablar de desarrollo?

Daniel Inclán
Raúl Ornelas

Si la Providencia tuviera que velar por todos nosotros —respondió Cruso—, ¿quién quedaría para recolectar el algodón y cortar la caña de azúcar? Para que prosperen los negocios del mundo, la Providencia ha de velar unas veces y dormir otras, como hacen las criaturas inferiores.

J.M. Coetzee, *Foe*

Son pocas las palabras del lenguaje inaugurado por el movimiento ilustrado que pasaron de ser una entre tantas a volverse uno de los términos claves para definir el sentido general de la vida. Esto sucedió con el vocablo desarrollo, de ser un término escasamente utilizado a finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, ocupó un lugar protagónico desde finales del siglo XIX, volviéndose en el siglo XX y lo que va del XXI una palabra que parece inevitable para pensar en las formas sociales. Después de la Segunda Guerra Mundial se diseminó como una locución obligada para el estudio de las realidades sociales y para el diseño de las tecnologías de gobierno. La importancia de la idea de desarrollo se sustenta en los “éxitos” de la gran expansión capitalista de dicho periodo, cuando merced a las heridas de la guerra, se produjeron intensos procesos de industrialización y urbanización, lo que permitió el acceso a los consumos modernos, en particular en las naciones metropolitanas. En contra de las visiones apologéticas, es preciso subrayar que tal modernización no fue generalizada y tuvo como contrapartida intensos procesos de

destrucción de otras formas de producción y reproducción social, especialmente las economías de autosustento y campesinas en todo el mundo. El desarrollo juega el papel de un campo gravitatorio que atrae a las sociedades hasta su órbita de funcionamiento, pero nunca incorpora a todas, y de hacerlo no es de manera plena.

Al mismo tiempo que se expandía el uso del término, se fueron formulando sus críticas, tanto en el orden teórico como en el práctico. A pesar de la gran cantidad de invectivas y de las evidencias fácticas de las falacias del desarrollo, este es una imagen recurrente en el pensamiento social contemporáneo. Sobrevive, entre otras cosas, gracias a su adjetivación (desarrollo alternativo, desarrollo sustentable, desarrollo ecológico, etc.) y a la incapacidad de una crítica radical que se desprenda de las prisiones del pensamiento ilustrado. Su auge, su reiterada vigencia y su persistente uso va más allá de las topologías políticas modernas, tanto derechas como izquierdas se sirven de la palabra desarrollo para construir su análisis de la realidad, así como para pensar los proyectos de sociedades.

En este trabajo se esbozará una crítica a la idea de desarrollo, resaltando su carácter civilizatorio y sus efectos catastróficos. Se aborda el tema desde una perspectiva interdisciplinaria que desborda las certezas y los callejones sin salida de la ciencia económica. Para ello hará una exposición de los paradigmas civilizatorios que acompañan a la teoría y práctica de los distintos modelos de desarrollo. Se parte de la dialéctica creativa y destructiva del modelo civilizatorio capitalista en la que se inscribe el desarrollo: ahí donde se presentan realizaciones de cualquier tipo hay que mirar la destrucción que las acompaña. A esta contradicción se le agregará el elemento autodestructivo, una dinámica de organización que destruye las bases mismas de su reproducción —lo que Anselm Jappe (2019) califica como la sociedad autófaga—. El centro de la crítica será la relación creación-destrucción-autodestrucción que caracteriza al capitalismo y en la que se materializa el desarrollo en sus distintas versiones. Para demostrar esta relación se presentará un análisis de algunos de los principales vectores civilizatorios, pretendidas expresiones inquestionables del desarrollo: el paradigma energético, la mitografía tecnológica, la universalidad abstracta del trabajo, las relaciones de mercantilización y consumo y la idealización de las instituciones.

DESMONTAR EL DESARROLLO

La crítica propuesta implica una aproximación histórica al surgimiento y consolidación del desarrollo. En este apartado se presenta un breve panorama de ese proceso, partiendo de una triple realidad: el desarrollo es un concepto, diversas teorizaciones y materializaciones de un proceso civilizatorio auto-destructivo.

En tanto concepto se consolida en el siglo XIX como parte del orden discursivo y práctico de lo que Michel Foucault (2006) llamó la nueva forma de gobierno: la economía política. Este nuevo saber articulaba tres elementos: dos reconfigurados, el territorio y la riqueza, y uno emergente, la población. El concepto de desarrollo es parte de esos saberes que hicieron posible el tránsito del arte de gobernar a la “ciencia de la política”, es decir, de la mudanza de las estructuras de soberanía a las técnicas de gobierno.

En este ámbito, el desarrollo da un vuelco a la idea de progreso. El progreso, como un viejo problema occidental, se secularizó en el capitalismo; la idea de un necesario “avance” de la “humanidad”, dejó de pensarse como resultado de las acciones divinas y de las acciones humanas en sintonía, para caracterizarse como una acción de perfeccionamiento resultado de los ejercicios humanos planificados y bien dirigidos (Nisbet, 1981). Uno de los cambios más importantes fue la modificación del orden temporal: la teología cedió su lugar a la teleología, el avance de la humanidad dejaba de depender de Dios y se definía como una condición necesaria de la acumulación de mejoras (Kosellec, 2012). La idea de progreso moderno se explicaba por la presencia de su opuesto: la decadencia. Ahí donde no había progreso, reinaba la decadencia. Esto sirvió para organizar el mundo y narrar de otra forma la historia, definiendo las geografías del progreso y las geografías de la decadencia.

Pero la idea de progreso tenía el problema de su relatividad, resultado de su herencia teológica (Nisbet, 1981; Esteva, 1996), por lo que fue necesario traducirla a un criterio pretendidamente objetivo. Es sobre la estructura general del progreso que se despliega el concepto de desarrollo, gracias al predominio de la economía por sobre otras dimensiones sociales: un espacio en el que se pretende presentar criterios verificables del “avance” de la humanidad (Polanyi, 2006). El desarrollo se transformó en el criterio objetivo del progreso: no era una cualidad subjetiva sino una cualidad objetiva,

cuya evidencia se presentaba como incuestionable, gracias a la acumulación de mejoras. El viejo término que designaba una acción contraria (deshacer lo arrollado) se convirtió en la calificación de una acción positiva, que se caracterizaba por ampliar, mejorar, avanzar.

Desde finales del siglo XVIII dejó de usarse para referir un movimiento gradual, y comenzó a designar una expansión y un crecimiento sin límites. La economía política radicalizó este sentido, al incorporarlo a una idea de la sociedad como asunto físico, susceptible de diseñarse, controlarse y medirse. Esta “física social” operaba bajo un “realismo prospectivo” (Vogl, 2015), que entre otras cosas presupone que “las mejoras” son verificables por los aumentos supuestamente infinitos (de capital, de mercancías, de trabajo, de deuda, etc.): mejorar sin límites es aumentar sin límites y viceversa.

En el siglo XIX aparecen tres condiciones para el desarrollo: el equilibrio, el orden y el control. El equilibrio tiene como paradigma el mercado, una supuesta relación autorregulada por las acciones de los participantes. El orden se presenta como una necesidad de regulación del cambio de las formas sociales: ninguna transformación debía aparecer como contingente, como alteración del movimiento “natural” de la mejora social. El control se manifiesta como dominio de las formas naturales así como disciplinamiento y normalización de las formas humanas. La disolución de las monarquías y las relaciones feudales, así como la formación paulatina de los estados nacionales impulsaron tales condiciones. En ese marco, el desarrollo dejaba de considerarse como una acción, para conceptualizarse como una función necesaria de la vida social, que se justifica no por lo que hay sino por lo que se promete que habrá.

El desarrollo se convirtió en un criterio de organización del tiempo y la experiencia a partir de una proyección definida por: la producción industrial, las formas de gubernamentalidad, el saber científico, los desarrollos tecnológicos (manifestados como una cadena de innovaciones incesantes), la expansión del trabajo y el consumo como prácticas culturales dominantes, y la disolución de las formas comunitarias tradicionales.

En el siglo XX se volvió un concepto central de las distintas y divergentes posiciones políticas, reproduciendo el presupuesto de que es una condición necesaria de la vida social moderna, en la que se juega el “avance” y “la mejora” de las condiciones de vida de la humanidad (ese gran sustantivo que sintetiza la emergencia de la población como principio de gobierno). En todos los

casos lo que se demuestra es la consolidación de la economía política como orden discursivo dominante, que sienta las bases de la gubernamentalidad del siglo xx. Lo legítimo e ilegítimo dejaron de ser criterios generales para diseñar y poner en práctica las tecnologías de gobierno, siendo sustituidos por la diada éxito o fracaso (Foucault, 2007).

Estas premisas permiten analizar el papel del desarrollo en el proceso civilizatorio. En este ámbito, el concepto deviene principio de organización social. En efecto, el carácter incuestionable del desarrollo se tradujo en una serie diversa de teorías que le daban contenido según las perspectivas políticas y los proyectos de sociedad, oscilando de una forma descriptiva a un criterio normativo. En cada caso establecieron los procesos de ordenamiento y articulación de las actividades productivas, las estructuras políticas y las acciones dirigidas a las poblaciones para asegurar la realización del desarrollo. En estas configuraciones teóricas aparecen “los agentes” del desarrollo, aquellas relaciones sociales encargadas de cumplir los objetos planteados para lograr la mejora sin límites de las economías, y por esa vía, de las poblaciones y de la humanidad. A pesar de ser considerado un proceso multidimensional, en todas sus teorías juega un papel central la dimensión económica, en especial las lógicas tecnológicas vinculadas a la producción (Arndt, 1981).

Lo peculiar de las distintas teorías del desarrollo es que producen tipos ideales de sociedad en los que se manifiestan su realización plena. La construcción de estos modelos se hace sobre un principio colonial: son los espacios metropolitanos el referente que el resto del mundo debería seguir. Esto implica que las geografías no-metropolitanas deben “ascender” hasta alcanzar ese modelo, ya sea por la repetición de sus procesos históricos o por su adaptación a las condiciones locales. Ello se repite en todas las teorías: las que lo presentan como un tránsito de etapas (sociedades tradicionales o estáticas, sociedades en transición y sociedades desarrolladas); las que lo definen como un proceso de modernización (en el que imperan saberes científicos en todos los ámbitos sociales, dominando por las innovaciones tecnológicas y los entornos urbanos); las que lo plantean como crecimiento (centrado en la producción industrial y la inversión de capital privado); las que lo definen como un modelo de integración global (cuyo centro es la deslocalización de la producción y la expansión de un sistema financiero mundial como principios de articulación de las diferencias culturales); más recientemente, las que lo

formulan como un proceso sustentable (en el que plantean un equilibrio entre la economía, el ambiente y la equidad social).

Otro elemento común de las teorías del desarrollo es el imperativo de superar “los obstáculos”: resistencias culturales; falta de maduración de las formaciones políticas; heterogeneidad social; falta de innovación tecnológica; deficiencias económicas; etc. Los ejemplos de esta lógica argumental son legión; entre los más conocidos están los trabajos de Walt Whitman Rostow (1987 y 1993) y Simon Kuznets (1971 y 1973), formulados en los años sesenta y setenta del siglo XX. A pesar de las limitaciones de sus argumentos y el carácter mecanicista que atribuyen al desarrollo, su influencia fue decisiva en la consolidación de esta idea como paradigma de las sociedades. ¿Qué tanta de su lógica argumental persiste en las teorías modernas del desarrollo que siguen predicando el crecimiento infinito en un planeta finito?

A pesar de su aceptación generalizada, la retórica del desarrollo no puede ocultar “los costos del progreso”: cada realización de la civilización capitalista tiene como contrapartida la destrucción de otras formas de vida, de formas de producción y de relaciones con lo no-humano. En efecto, el desarrollo permitió mejoras en las economías y en los niveles de vida y bienestar de algunos segmentos de las poblaciones, pero la distribución de beneficios es asimétrica y siempre favorable a ciertos grupos sociales: los dueños de las empresas más rentables y dinámicas; las castas gobernantes; ciertos estratos de trabajadores, en especial, aquellos ligados a las tecnologías que predominan en cada periodo histórico. Del mismo modo, los costos de las modernizaciones capitalistas afectan más a las clases subalternas: de los cercamientos y la proletarianización que precedieron a la revolución industrial en Inglaterra, a los megaproyectos que devastan la geografía mundial, la mayor parte de los costos del desarrollo la pagan los pueblos y las comunidades.

Las distintas teorías del desarrollo son expresiones del proyecto civilizatorio capitalista, cuya contradicción creación-destrucción tiene que mirarse incorporando un tercer elemento: la autodestrucción. Una de críticas más radicales a la dialéctica capitalista, presentada por Max Horkheimer y Theodor Adorno en *Dialéctica de la Ilustración*, resaltaba el lado destructivo del proyecto moderno, en el marco de la destrucción industrializada y masiva que significó la Segunda Guerra Mundial. Señalaron que el despliegue de esa dialéctica anunciaba la autodestrucción de la modernidad:

con el desarrollo del capitalismo, en el que el dominio de grupos privados sobre el aparato productivo divide y separa a los hombres, la autoconservación retenida idéntica por la razón, es decir, el instinto objetivado del individuo burgués, se reveló como fuerza natural destructora, imposible ya de separar de la autodestrucción (Horkheimer y Adorno, 1998: 137).

Lo que ambos filósofos señalaban para la razón puede extenderse al conjunto de las realizaciones del proyecto civilizatorio capitalista.

Siguiendo este razonamiento, el desarrollo no solo habría que pensarlo como una dialéctica entre creación-destrucción, en la que los “avances” y “mejoras” tienen como condición la necesaria destrucción de obstáculos o los lamentables “daños colaterales”; hay que agregar su lógica autodestructiva. No hay modelo de desarrollo que no presuponga la destrucción de las propias bases de su reproducción. Incluso aquellas versiones sustentables son movimientos de autodestrucción ralentizada, porque siguen aceptando como válidos los presupuestos generales del desarrollo: competencia, separación sociedad-naturaleza, antropocentrismo, etcétera.

La autodestrucción es biplanar. Por un lado, se manifiesta como sacrificio de la existencia humana para asegurar la propia existencia, en

un modo de vida que, en medio de unas condiciones materiales que garantizan sin duda la sobrevivencia y abren posibilidades al enriquecimiento de la vida, condena a esta a una autodestrucción sistemática —unas veces lenta, selectiva, apenas perceptible, otras acelerada, generalizada y catastrófica—; un modo de vida en el que, en medio de la posibilidad de la abundancia, reproducirse es al mismo tiempo mutilarse, sacrificarse, oprimirse y explotarse los unos a los otros (Echeverría, 1998: 9).

Por otro lado, está la autodestrucción de las condiciones materiales y simbólicas del proyecto civilizatorio capitalista; el mitográfico e imparable crecimiento sin límites degrada las condiciones de todas las formas de vida (humanas y no-humanas), en algunos casos a punto de extinguirlas y en otros a niveles inconcebibles de precariedad, poniendo en peligro su reproducción sistémica.

El capitalismo se ha convertido visiblemente en lo que era esencialmente desde el principio: una bestia que se devora a sí misma, una máquina que se autodestruye, una sociedad que a la larga no es soportable para nadie, pues consume todos los vínculos sociales y todos los recursos naturales para salvaguardar el mecanismo de acumulación de valor, algo que cada vez resulta más difícil. El capitalismo socava cada día sus propias bases (Jappe, 2011: 47).

Esta es la tesis central de la crítica al desarrollo: en oposición a sus promesas, el desarrollo conduce a la autodestrucción. Es en torno a la trayectoria del desarrollo que tienen lugar debates enconados, y con razón: en ello nos va la vida.

LAS MATRICES CIVILIZATORIAS Y LA AUTODESTRUCCIÓN

La lógica autófaga puede reconocerse en casi la totalidad de las creaciones capitalistas: ahí donde se crea abundancia hay una escasez; la creación de riqueza presupone creación de miseria. Pero hay algunos paradigmas que definen el rumbo de la autodestrucción, y que en las últimas décadas aceleran la catástrofe. A pesar de las evidencias de su carácter destructivo siguen siendo los motores de las distintas versiones del desarrollo, se destacan: el energético, el tecnológico, el laboral, el mercantil, el institucional, el ético-estético. En ellos se juegan la mayor parte de los contenidos de las ideas de desarrollo. Lo que estos paradigmas comparten es su carácter contraproducente, que resuelve instrumental y heterónomamente las necesidades, bajo un principio de crecimientos ilimitados, por lo que sus resultados catastróficos anulan sus beneficios. Por ejemplo, la reducción de la cantidad de energía en la producción de mercancías gracias a un aumento en la eficiencia tecnológica, no tiene ningún impacto en frenar o ralentizar la destrucción del ambiente porque se producen más mercancías. El problema no es solo la dinámica de crecimientos ilimitados de cada paradigma, sino la manera en la que se articulan y se codeterminan.¹

— 1. Véase Servigne y Stevens (2020). La industria petrolera ofrece ejemplos típicos de situaciones límite de la autodestrucción. Por ejemplo, como resultado de la parálisis generalizada que provocó la pandemia de SARS-CoV-2, en abril de 2020 el precio del

Paradigma energético. Mediante diversas configuraciones materiales, el proceso civilizatorio capitalista consigue abastecer la energía necesaria para la reproducción de la vida humana, las actividades productivas, las actividades de distribución, las actividades de consumo, además de las prácticas cotidianas. Para mantener el nivel creciente de estas actividades fue necesario desplazar, reducir y en algunos casos eliminar las formas de energía metabólica, así como las eólicas e hídricas, que eran dominantes en las economías no-capitalistas. La industrialización de la sociedad requería de energías que además de mantener el imparable movimiento de producción permitieran el control de la población productiva, mediante la modificación de los entornos habitables y la expansión urbana. La combustión como principio energético pasó de las fábricas a los transportes, modificando aceleradamente las geografías y sus interconexiones. La combustión alteró todo, en especial la guerra, las formas de control de territorios y los entornos habitables. Con la presencia de petróleo barato y las innovaciones vinculadas a este hidrocarburo se consolidó el patrón energético basado en la quema de combustibles fósiles. La expansión de este patrón se “democratizó”, y de las fábricas y los grandes transportes pasó a las viviendas y al potencial uso individual, de manera tal que el consumo creciente de energía producida por combustión de hidrocarburos se presentaba en todos los ámbitos de la vida social, permitiendo la incesante expansión capitalista y sus beneficios en cuanto acceso a los consumos modernos y la provisión de servicios públicos (transportes, alumbrado y consumo doméstico de energéticos, alcantarillado y saneamiento, etc.). Aludiendo a la relación creación-destrucción-autodestrucción, es preciso señalar que sus efectos también fueron devastadores: aumento del CO₂ en la atmósfera, destrucción de ecosistemas, y por tanto, degradación en el mediano y largo plazo de las condiciones de vida.

Las únicas energías no contaminantes son las metabólicas, y en algunos casos las hídricas y eólicas, siempre que no rebasen una escala de proximidad

petróleo en los mercados de futuro alcanzó valores negativos: los productores de crudo enfrentaron la posibilidad de tener que pagar para que su mercancía circulara. ¿La razones? Sus procesos productivos están organizados para fluir en permanencia y la altísima demanda mundial nunca requirió de grandes capacidades de almacenamiento; de modo que resultaba menos costoso pagar por mover el petróleo que detener su extracción: pedestre ilustración de que “el límite del capital es el propio capital”.

(Illich, 2015). En el caso de las llamadas energías renovables, tan en boga en el siglo XXI, no están exentas de efectos destructores, ya que su escala daña los entornos. El tamaño de las hidroeléctricas, además de implicar en modificaciones en los cursos de las fuentes hídricas, afecta los ecosistemas y la reproducción de las especies nativas que los habitan, dificulta el movimiento de las especies migratorias, el cambio en los niveles de oxígeno en el agua también daña a las especies nativas, los embalses generan cambios en la flora ribereña. En el caso de la energía eólica, los problemas no son menores, el tamaño y peso de los molinos erosiona los suelos, el movimiento de las aspas es un riesgo para las especies voladoras.

Si bien hay amplios cuestionamientos a la dependencia de los combustibles fósiles como principio energético, en especial de las teorías del desarrollo sustentable o las del desarrollo comunitario, lo que no se cuestiona es la idea de una sociedad con crecientes necesidades de energía para garantizar su funcionamiento. La discusión sobre la fuente de la energía no es suficiente, se requiere un debate sobre el crecimiento sin límites.

Creer en la posibilidad de altos niveles de energía limpia como solución a todos los males, representa un error de juicio político. Es imaginar que la equidad en la participación del poder y el consumo de energía pueden crecer juntos. Víctimas de esta ilusión, los hombres industrializados no ponen el menor límite al crecimiento en el consumo de energía, y este crecimiento continúa con el único fin de proveer cada vez a más gente de más productos de una industria controlada cada vez por menos gente (Illich, 2015: 330).²

Es inquietante que muchas críticas fundamentadas y propositivas se limitan a establecer la nocividad de las tecnologías energéticas predominantes, adhiriendo a las ideas del desarrollo sustentable-sostenible, y por tanto, reforzando el papel de cohesionador social que juega el desarrollo en nuestras sociedades.

Paradigma tecnológico. Mucho más que objetos automáticos y procesos de innovación, la primacía tecnológica en la civilización capitalista es una

— 2. Los movimientos sociales también han hecho críticas puntuales a la lógica del uso intensivo y creciente de energía. Véase, por ejemplo, Mapder (2021).

manera de organizar el conjunto de las formas humanas y las formas naturales. Por un lado juega como factor económico que dirime la competencia entre productores, al tiempo que reorganiza las poblaciones y sus entornos habitables. Primero fueron las fábricas y la creación de una población alrededor de ellas, después una red de transportes, cuyo primer paradigma fue el ferrocarril, mediante el cual se logró una sincronía del tiempo de producción en geografías no contiguas, dando lugar a los primeros sistemas articulados alrededor de la primacía tecnológica: el tiempo tenía que ser el mismo en cada estación, y con ello alrededor sus instalaciones. La persona-técnica que generaba la producción fue desplazada por las máquinas automáticas, modificando radicalmente las relaciones entre saber y hacer, haciéndolas dependientes del sistema de máquinas (Mumford, 1997 y 2016; Chandler y Cortada, 2002; Coriat, 2008).

Ocultas tras las maquinarias de la gran industria, yace la relación indisoluble entre tecnología y guerra, esta última es una gran fuerza productiva desde el siglo XIX. Las innovaciones para la producción van de la mano de la reorganización de las formas bélicas y sus bases materiales. Esta relación se estrecha en el siglo XX, cuyo paradigma es el principio cibernético, un proyecto de predicción, planificación y control sin límites (Tiqqun, 2015). Gracias a la revolución del microchip su materialización modifica el tiempo, el espacio y las articulaciones de los objetos tecnológicos, consolidando un sistema tecnológico que no puede detenerse y del que no se puede mantener distancia—como sucedía con los sistemas basados en herramientas analógicas, que deja de funcionar cuando el objeto se separa del cuerpo que lo hace operar, o en el caso de las primeras máquinas automáticas, cuando se apagaban (Illich, 2019)—. El sistema tecnológico de base cibernética (por tanto de guerra) funciona sin aplicación de encendido o apagado, nunca hay lógicas de distanciamiento, siempre se está “conectado” a él.

El dominio de la cibernética no significa una “democratización” de la tecnología, una suerte de expansión mundial tendencialmente homogénea; tampoco presupone un automatismo total global. La no interrupción de la relación con el sistema no quiere decir que esté desprovisto de relaciones de poder y de intereses particulares. La tecnología de base cibernética no es un conjunto cerrado, ni una articulación absoluta; es un terreno de posibilidades capitalistas, de maneras de crear y destruir en beneficio de bloques de poder económico. Por lo que también juega un papel de renta: la concentración del

saber tecnológico es un bien escaso en un contexto de necesidades artificiales, cuyo control permite la apropiación de ingentes ganancias.

Si llamamos renta de la tierra al dinero que el terrateniente recibe por el uso de su tierra, podemos llamar también renta tecnológica al dinero que el propietario tecnológico recibe por el uso de “su” tecnología. Un “señorío” nuevo o moderno, el señorío fundado en la propiedad monopólica ejercida sobre la tecnología de vanguardia, surge así oculto, pero como figura protagónica en la historia real del capitalismo (Echeverría, 2010a: 39).

El misticismo tecnológico contemporáneo olvida todo esto, presentando a la triada salvadora (ciencia-tecnología-innovación) como el medio de resolución de los obstáculos del desarrollo. La “solución” se presenta como resultado de la operación de sistemas automáticos y neutrales, cuando en realidad son acciones de saberes instrumentales en beneficio del ejercicio de un poder de clase y con el objetivo de seguir asegurando la acumulación de capital. Este “progreso” incesante no se detiene a pesar de la destrucción de los entornos ecológicos y sociales, se realiza incluso mediante investigaciones e inversiones en actividades que anuncian una salvación de pocos (como las costosas investigaciones para viajes espaciales).

Paradigma laboral. Cuando los europeos conquistaron y colonizaron el nuevo mundo tuvieron que traducir los términos del nuevo proyecto civilizatorio. Había una palabra especialmente difícil: trabajo. Para los grupos nativos, la concepción abstracta del “trabajo” era inaprehensible: las actividades eran siempre relacionadas con un proceso o técnica: trabajar la tierra, trabajar los alimentos con fuego, etc. En el caso del náhuatl, la palabra que logró sintetizar esa abstracción fue la de *téquiyo*tl o *tequitl*, que era una forma de castigo o actividad tributaria impuesta (Lockhart, 1992). El llamado “trabajo libre”, desvinculado de un proceso, era concebido como un castigo. La misma etimología latina del término “trabajo” refiere a una situación que produce fatiga, sufrimiento y penalidad.

El “trabajo libre”, en tanto mercancía ficticia en el capitalismo, presupone una mutación antropológica que hace de las personas sujetos y objetos en un mismo cuerpo, convirtiendo a las personas en potenciales propietarios priva-

dos: dueños de su fuerza de trabajo. Las personas dejaron de *ser cuerpo* y empezaron a *tener un cuerpo*; un cuerpo que importa en la medida que es potencialmente materia para el trabajo. El trabajo como mercancía se despliega en un horizonte de escasez artificial, que funciona como mecanismo de competencia entre personas dispuestas a trabajar.

La transformación ideológica del “trabajo escaso” en el principal derecho del ciudadano excluye, en consecuencia, a todos los no-ciudadanos. La lógica social de selección no es, por lo tanto, cuestionada, sino definida de otra manera: la lucha por la supervivencia individual será suavizada mediante criterios étnico-nacionalistas (Grupo Krisis, 1999: 20).

El trabajo como fundamento del desarrollo solo es posible en una sociedad de la desvinculación, en la que la vida es organizada por esferas separadas (Polanyi, 2006). Además de una relación de exacción de riqueza para producir ganancias (el fundamento de la producción de valor mediante el robo del trabajo vivo de las personas explotadas), el trabajo es también un mecanismo civilizatorio a través del cual se reorganizan varios elementos de la vida colectiva, entre ellos: las actividades productivas y las reproductivas; lo que tiene valor y lo que no; los tiempos colectivos e individuales; los territorios; los cuerpos; los roles de género; los saberes y sus instrumentos; los espacios públicos y privados.

El trabajo como parte del desarrollo atraviesa por varios procesos de transformación que responden a los cambios de la producción, las transformaciones tecnológicas y las relaciones de poder. Con el aumento del automatismo productivo se produjeron corporalidades dóciles, tendencialmente especializadas y disciplinadas: la ortopedia de los cuerpos fue correlativa a la intensificación de la forma industrial de la sociedad (Foucault, 2000). La fábrica transformó los cuerpos, sus espacios y sus órdenes de verdad; radicalizó las divisiones civilizatorias: entre lo masculino y lo femenino; entre lo maduro y lo infantil, lo maduro y lo viejo; entre lo productivo y lo improductivo; entre lo calificado y lo descalificado; entre lo que genera valor y lo que es accesorio (los cuidados, las actividades domésticas); entre el trabajo de la ciudad y el trabajo del campo. El aumento tendencial en la diferenciación productiva (la división social del trabajo) generó mecanismos de invisibilidad y de opacidad:

lo realmente importante fue la actividad productiva de los trabajadores industriales (en su mayoría varones).

A finales del siglo XX, del trabajo normalizado de la producción fabril se pasó al trabajo innovador y creativo, propio de la flexibilización y la fragmentación productiva. Actualmente se privilegian las habilidades por sobre la formación, no se necesitan las credenciales institucionales, perdieron valor en el mercado de trabajo. Las habilidades asociadas a la creatividad y la innovación se inscriben en complejas redes de control que, ante la máscara de la libertad de tiempos y procesos, ocultan el poder de las infraestructuras tecnológicas y las estrategias cibernéticas de control. La medición mecánica de los tiempos cede espacio al control cibernético.

El trabajo se reproduce por convicción de las personas, es una práctica de seducción. “Es mejor tener trabajo que no tenerlo”, “agradece por tener trabajo”, son sólo ejemplos de la manera de convertir en positiva y autoasumida una actividad que resulta de la expropiación de los medios de producción y de la construcción de relaciones de poder normalizadoras. En el siglo XXI la asunción del trabajo como práctica de la libertad alcanza niveles insospechados: millones de personas que quieren trabajar pagan por hacerlo (literal y metafóricamente), entregan su riqueza para ser explotados por la mega-máquina de la valorización. El eufemismo contemporáneo es llamarles asociados en lugar de trabajadores. El culto al trabajo y sus formas contemporáneas cataliza las formas de opresión y explotación de las mujeres, los grupos de migrantes y las comunidades campesinas (Bartra, 2020).

Este sistema impersonal existe mediante la creciente expulsión de millones de personas de la producción de valor, cuerpos reducidos a la condición de sobrevivientes, las nuevas poblaciones supernumerarias que deambulan en búsqueda de un excedente de riqueza social. Algunos de estos logran abrir un hueco y crear mercados paralelos de servicios y consumo. Aunque haya menos trabajo sigue organizando el sentido de las vidas colectivas. Lo que eufemísticamente se llama “trabajo informal” deviene la norma.

Paradigma mercantil y de consumo. Hacia finales del siglo XX, el reino de la economía en la tierra dejó de sostenerse por proyectos políticos de masas (Buck-Morss, 2002). En la vuelta de siglo entre el XX y el XXI, la amenaza de la contingencia histórica se controla por dos vías: el mercado y la guerra. El mercado sintetiza aquel añorado reino de la democracia, donde la elección y

la participación son efectivas; no son elementos contrapuestos, son dos pliegues del desarrollo: donde hay democracia hay mercado, donde hay mercado hay democracia.

Para que el mercado sea un paradigma del desarrollo se necesita apuntalar dos procesos: la sociedad de consumo y la sociedad de la deuda, en la que una es condición de existencia de la otra: el crecimiento del consumo en el mediano y largo plazos solo es posible por el crecimiento de la deuda. La sociedad de consumo, la expresión plena de la ciudadanía en el siglo XXI, es una sociedad de la eterna novedad, dominada por la obsolescencia programada de los objetos (logro exitoso de la revolución cibernética). También es la expresión cabal de la democracia: la igualdad absoluta, un mundo estandarizado y al mismo tiempo particularizado en los detalles. En la democracia (de consumo) todas las personas son iguales, para todas hay, siempre y cuando se posea la cantidad de dinero necesaria para participar de la vida democrática –aunque el consumo de pocas personas implique la expulsión de millones.

En la democracia del consumo se pretenden desaparecer artificialmente las diferencias basales del capitalismo: raza y género; todos los objetos son para todas las personas (la ropa, los alimentos, los bienes culturales). En el mundo del mercado los antagonismos se reducen a la posibilidad de acceso o no a las mercancías; se despolitiza así la diferencia concreta, convirtiéndose en un mero problema de distribución, dejando de lado la discusión sobre distintas culturas materiales.

Para que el mercado y consumo generen un imperio de la igualdad se necesitan operaciones de exhibición y transparencia de las mercancías y de las personas convertidas en mercancías. Los objetos pierden todo secreto, pierden toda posibilidad hipertélica. A la par, se pierde toda posibilidad de distanciamiento por el uso (limitando las posibilidades de profanación); los mismos objetos, organizados estéticamente bajo la forma del pastiche y el *kitch*, anulan la refuncionalización. La práctica crítica y transformadora del juego se pierde cuando consumir deviene el juego por excelencia.

Esto es posible gracias, en parte, al encanto publicitario: forma explícita de la propaganda, que anuncia novedad y necesidad. El goce de la pura forma oculta la falta de contenidos concretos, la vida se evalúa a partir de la satisfacción de consumir. El confort del derroche produce sociedades infantilizadas, habitantes de un presentismo eterno.

El consumismo de la vida moderna puede ser visto como un intento desesperado de atrapar el presente que pasa ya sin aún haber llegado; de compensar con una aceleración obsesiva del consumo de más y más valores de uso lo que es una imposibilidad del disfrute de uno solo de los mismos. Expropiado de su presente, el ser humano progresista tampoco puede recurrir al pasado; carente de realidad propia, este no es más que aquel residuo del presente que es capaz aún de ofrecer resistencia a la succión del futuro (Echeverría, 1995: 152).

Estos procesos son los que están detrás de las montañas de mercancías que para ser producidas demandan cada vez más recursos, y que cuando son desechadas generan ingentes cantidades de basura y contaminantes. El consumismo además de destruir las bases de interacción humana, horada las condiciones de reproducción de las formas de vida no-humana. Es la amenaza invisibilizada que destruye al planeta. Tal es su contribución al carácter autodestructivo del desarrollo: las condiciones de vida y reproducción no solo se destruyen en el ámbito de la producción si no también en el del consumo.

Paradigma institucional. Dentro de la modernidad capitalista se han producido un conjunto de ideas que parecen incuestionables, a lo más se les puede pensar como procesos perfectibles; destacan: la de la libertad (como fenómeno abstracto ilimitado); la justicia (como un proceso automático, resultado de la efectividad de las formas jurídicas); la ley y el derecho (como criterios supremos para fundamentar las acciones cotidianas entre personas); la autoridad (como símbolo que garantiza el orden y la estabilidad); la razón (como fórmula universal para producir conocimientos y discernimientos); la ciencia (como modelo evolucionado del conocimiento); la seguridad y la paz (como condiciones tuteladas por un poder externo a la vida cotidiana); la sociedad (como ficción de unidad de las diferencias); la democracia (como forma perfecta de gobierno). Es en ese marco de instituciones y de valores que el desarrollo cumple su función de cohesión: el avance económico sustenta a las instituciones y sus “logros”.

El Estado sintetiza este conjunto de ideas bajo una fórmula mágica, es el *sumun* de la realización de las promesas del desarrollo. Las condiciones generales para lograrlo son: control soberano sobre un territorio; gestión de las

poblaciones que habitan ese territorio; la concentración de la violencia para administrar el territorio y las poblaciones; la producción de una identidad cultural; la definición de los mecanismos para ganar la ciudadanía; la construcción de instituciones y burocracias que “median” las necesidades de los individuos; la creación de instituciones diplomáticas para asegurar la convivencia entre poderes soberanos.

Los defensores de la idea del desarrollo olvidan el hecho de que el Estado es una palanca para la valorización. Lo que recuerda que, en el fondo, todos los Estados modernos son el resultado de una transformación de acciones criminales en situaciones legalizadas y legitimadas, que nunca podrán controlar un espacio de manera autónoma porque siempre dependen de la valorización (Tilly, 1992). No hay expansión del capital sin la presencia de los estados, y estos se han modificado por las necesidades de la valorización. Son Estados de clase no porque pertenezcan a una clase, sino porque funcionan para privilegiar la reproducción de la acumulación de capital que beneficia a una clase por sobre las demás.

Para garantizar el desarrollo, el estado incluye mediante la exclusión; las personas que están contenidas en él lo hacen bajo la forma de meros vivientes, renunciando a sus configuraciones históricas, a sus formas culturales y sus memorias, para aceptar las que los estados provean. La exclusión se presenta como una excepción permanente, que

es el dispositivo original a través del cual el derecho se refiere a la vida y la incluye dentro de sí por medio de la propia suspensión, entonces una teoría del estado de excepción es condición preliminar para definir la relación que liga y al mismo tiempo abandona lo viviente en manos del derecho (Agamben, 2004: 24).

La excepción es la norma en el Estado moderno, la defensa abstracta de la ley y las instituciones aun a costa de la suspensión de la ley y de las instituciones. Al convertirse en el horizonte máximo de la vida colectiva, el Estado puede destruir, agredir o degradar las bases que lo constituyen como condición de su sobrevivencia: se pueden matar personas, encarcelarlas, violar los derechos que se supone se resguarda, etc., con el fin último de proteger a las instituciones.

Con el advenimiento del neoliberalismo como régimen de verdad del capitalismo, y aún más en el marco de la dislocación contemporánea del sistema, la legalidad y la legitimidad pasan a un segundo plano. Lo crucial es alcanzar el “éxito”, eufemismo que vela el fin último de la dinámica social: la acumulación de ganancias y de medios de ejercer el poder. Este cruce entre disfunciones institucionales y éxitos económicos explican que países con graves crisis en todos los órdenes, como México, sigan siendo paraísos para la inversión privada: a un costo humano, social y ambiental gigantesco, se producen grandes ganancias que benefician a las corporaciones privadas, muchas de ellas extranjeras. Ello revela el secreto del desarrollo contemporáneo: un mejoramiento para pocos sujetos, no para los pueblos.

Paradigma ético y estético. La subjetividad capitalista se sostiene, entre otras cosas, por una fuerte ética, por un llamado al deber ser. El buen capitalista no es solo aquella persona que genera muchas ganancias, tiene que hacerlo de una manera “correcta”. Esta corrección coincide con un patrón masculino y blanco. La ética del capitalismo es, incluso ahora en su debacle, una ética de hombres blancos. Esto empuja a los universos no masculinos y no blancos, a masculinizarse y blanquearse, o a subordinarse al universo blanco y masculino.

El tipo de ser humano que requiere la organización capitalista de la economía se caracteriza por la disposición de someterse a un hecho determinante: que la lógica de la acumulación del capital domine sobre la lógica de la vida humana concreta y le imponga día a día la necesidad de auto-sacrificarse, disposición que solo puede estar garantizada por la ética encarnada en la blanquitud. Mientras prevalezcan esta organización y este tipo de ser humano, el racismo será condición indispensable de la “vida civilizada” (Echeverría, 2010b: 86).

Junto con la ética del capitalismo se produce una estética, no solo de la blanquitud de los cuerpos, sino del mundo de los objetos, de la organización de lo sensible, de lo decible y lo tolerable por los cuerpos. La estética capitalista se sostiene por una tensión entre la higienización, la normalización y la racionalidad de las formas; expresadas en superficies planas, relaciones ortogonales, repeticiones incesantes de lo mismo, con mínimas variaciones.

La industrialización del mundo produce una estética de masas para hacer circular las mercancías serializadas, al tiempo que masifica la estética, una repetición incesante de formas lisas.

La ética capitalista muta aceleradamente, la ascesis protestante de las triunfantes revoluciones burguesas transita hacia una ética del desprolijo, la evanescencia y el inmediatismo. El triunfo del capitalismo estadounidense después de la segunda gran guerra, exacerbó la lógica del consumo y el valor de la desmesura y la conquista. Ahí donde se gana, se puede exigir todo. El “dame más” del modelo estadounidense, extensión de su estética pornográfica, genera nuevos tipos de éticas y, con ello de subjetividades.

La subjetividad de la desproporción, de la realización plena del capitalismo sobre el mundo, oscila entre la impotencia y la potencia, entre el exceso y la falta. En el modelo estadounidense (la base de todos los proyectos de desarrollo contemporáneos) todo se puede; el mito prometeico se realiza, al menos formalmente, las personas lo pueden todo en potencia, basta con acceder al mundo del mercado: ahí están todos los objetos que se adaptarán a los sueños. Pero la potencia deviene impotente, en la medida que ese mundo de desmesura tiene límites.

En esta ética, todo exceso produce una nueva falta y así sucesivamente, sin que existan mecanismos colectivos para compensar. Resuena con una vigencia radical, la sentencia de Walter Benjamin sobre el estado del mundo en la época de los totalitarismos:

La humanidad, que fue una vez, en Homero, un objeto de contemplación para los dioses olímpicos, se ha vuelto ahora objeto de contemplación para sí misma. Su autoenajenación ha alcanzado un grado tal, que le permite vivir su propia aniquilación como un goce estético de primer orden (Benjamin, 2003: 98-99).

Este conjunto de paradigmas ofrece un fundamento sólido a la crítica del desarrollo. Más allá de las retóricas que siguen apuntalando el término, y de las declinaciones (sustentable, sostenible, verde, reiniciado, etc.) que pretenden revitalizarlo, la mirada genealógica levanta una interrogante mayor: si la catástrofe en curso es resultado del desarrollo ¿queremos seguir buscando el desarrollo?

LO QUE RESTA: PENSAR SIN DESARROLLO

Las personas que nacieron en el auge de la revolución del microchip, aquellas que desde su infancia experimentaron cambios acelerados en el funcionamiento de los objetos (procesos automatizados, miniaturización creciente de los dispositivos, telecomunicaciones en directo, reproducciones portátiles, etc.), han consumido más cosas que las generaciones que les precedieron: han consumido más energía, han poseído y desechado más mercancías. Esta tendencia aumenta, cada generación consume más que la previa; con ello contribuyen a aumentar la montaña de mercancías y desechos que inundan el planeta. Lejos están aquellos tiempos en los que el confort se desarrollaba en medio de la escasez concreta, donde incluso las nacientes clases medias tenían que enfrentar limitaciones en el acceso a bienes y servicios. Es difícil imaginar que las tinajas de baño (actualmente objetos de lujo) servían como dispositivos para reciclar: en una misma tanda de agua se bañaba una familia, primero los niños, después las mujeres y al final los varones. Hoy todo parece tan a la mano y a la vez tan lejano, nunca había existido tanta agua entubada, nunca tanta gente con acceso restringido o con carencia; nunca se había producido tanta ropa, nunca habían existido masas de desabrigados; nunca se había producido tanto alimento y nunca se habían presentado millones de hambrientos.

Estas desproporciones son resultado de las distintas versiones del desarrollo, cuyo fundamento sigue intacto: el crecimiento sin límites y las supuestas mejoras de la humanidad abstracta no pueden si no generar resultados opuestos a lo que se dice perseguir. Ninguna de sus versiones impide la destrucción de los ecosistemas, la degradación de las formas de vida humana, la aniquilación de las memorias colectivas. Esto se debe a que se sostiene la creación de necesidades artificiales de una supuesta humanidad genérica, que tiene los mismos deseos, los mismos objetivos y las mismas maneras de alcanzarlos. El único universal concreto de los modelos de desarrollo es la valorización, la acumulación infinita de ganancias que se autorreproducen en beneficio de pequeños grupos de personas.

Pensar al margen del desarrollo se vuelve una necesidad imperante de la época. La seducción y deslumbramiento de las realizaciones materiales del proyecto civilizatorio capitalista hay que mirarlas a la luz de la autodes-

trucción que presuponen: ahí donde hay materializaciones del desarrollo no solo hay creación, a su lado se esconde la lógica autodestructiva del modelo civilizatorio, que a costa de seguir su crecimiento sin límites pone en riesgo sus propias bases.

Como contrapunto de esta trayectoria deletérea, diversas prácticas y experimentos sociales tienen lugar en muchas partes del planeta. Pueblos y colectivos maduran nuevas gramáticas civilizatorias, ajustadas a las posibilidades de un planeta en crisis, ofreciendo una crítica en actos del desarrollo y sus consecuencias nefastas. Nuestra academia requiere no solo salir del paradigma que sitúa al desarrollo como el medio privilegiado para realizar las promesas de la modernidad, si no también acercarse y aprender y dialogar con esas otras experiencias que construyen vínculos sociales por fuera del capitalismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio (2004), *Estado de excepción. Homo sacer II, I*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 171 p.
- Ardnt, H.W. (1981), "Economic Development: A Semantic History", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 29, núm. 3, pp. 457-466.
- Bartra, Armando (2020), "De labores invisibles y rebeldías excéntricas", Raúl Ornelas y Daniel Inclán (coords.), *Cuál es el futuro del capitalismo*, México, Akal, pp. 43-68.
- Benjamin, Walter (2003), *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, México, Itaca, 127 p.
- Buck-Morss, Susan (2002), *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid, Antonio Machado, 395 p.
- Chandler, Alfred y James Cortada (2002), *Una nación transformada por la información: cómo la información ha modelado a Estados Unidos de América desde la época de la colonia hasta la actualidad*, México, Oxford University Press.
- Coriat, Benjamin (2008), *El Taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, México, Siglo XXI.
- Echeverría, Bolívar (1995), "Modernidad y capitalismo (15 tesis)", *Las ilusiones de la modernidad*, México, El Equilibrista-UNAM, pp. 133-197,
- (1998), *La contradicción del valor y del valor de uso en El Capital de Karl Marx*, México, Itaca, 37 p.

- (2010a), “Renta tecnológica y devaluación de la naturaleza”, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010, pp. 35-42.
- (2010b), “Imágenes de blanquitud”, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010, pp. 57-86.
- Esteva, Gustavo (1996), “Desarrollo”, en Wolfgang Sachs (ed.), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Lima, Pratec, pp. 52-78.
- Foucault, Michel (2000), *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 314 p.
- (2006), *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*, México, Fondo de cultura económica, 484 p.
- (2007), *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France: 1978-1979*, México, Fondo de Cultura Económica, 401 p.
- Grupo Krisis (1999), *Manifiesto contra el trabajo*, Barcelona, Virus, 125 p.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1998), *Dialéctica de la ilustración*, Madrid, Trotta, 303 pp.
- Illich, Iván (2015), *Energía y equidad. Obras reunidas I*, México, Fondo de cultura económica, pp. 327-365.
- (2019), *Los ríos al norte del futuro. Conversaciones con David Cayley*, México, AliosVientos, 274 p.
- Jappe, Anselm (2011), “La Princesa de Clèves hoy”, *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Madrid, Pepitas de calabaza, pp. 25-54.
- (2019), *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*, Madrid, Pepitas de calabaza, 336 p.
- Koselleck, Reinhart (2012), *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 320 pp.
- Kuznets, Simon (1971), *Economic Growth of Nations: Total Output and Production Structure*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1973), *Crecimiento económico moderno*, Madrid, Aguilar.
- Lockhart, James (1992), *The Nahuas After the Conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*. Stanford, Cal., Stanford University Press, 672 p.
- Mapder (Movimiento de afectados por las presas y en defensa de los ríos) (2021), *Las presas no son energía limpia*, 14 de marzo, <<http://www.mapder.lunasexta.org/boletin-de-prensa-las-presas-no-son-energia-limpia>>, consultado el 8 de agosto de 2021.
- Mumford, Lewis (1997), *Técnica y Civilización*, Madrid, Alianza.
- (2016), *El pentágono del poder*, Logroño, Pepitas de calabaza.

- Nisbet, Robert (1981), *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa, 494 p.
- Polanyi, Karl (2006), *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 399 p.
- Rostow, Walt Whitman (1987), *Rich Countries and Poor Countries: Reflections on the Past, Lessons for the Future*, Boulder, Westview.
- Rostow, Walt Whitman (1993), *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Servigne, Pablo y Raphaël Stevens (2020), *Colapsología. El horizonte de nuestra civilización ha sido siempre el crecimiento económico. Pero hoy es el colapso*, Barcelona, Arpa.
- Tilly, Charles (1992), *Coerción, capital y los Estados europeos. 990-1990*, Madrid, Alianza, 376 p.
- Tiqqun (2015), *La hipótesis cibernética*, Madrid, Acuarela Libros, 180 p.
- Vogl, Joseph (2015), *El espectro del capital*, Buenos Aires, Cruce, 194 p.